

Homosexualidad para todos

Francisco Nieva de la Real Academia Española (LA RAZON, 17/10/04)

Hace como veinticinco años, un amigo me mostró un librito, comprado en Ámsterdam y traducido al inglés, al francés y al español, cuyo título era un cumplido chiste, lleno de gracia y de ironía: «Vida homosexual sana». Era todo un tratado de pornografía de lo más vulgar, pero el título era digno de Bernard Shaw. España es un país extraordinario, donde a veces se dan socialmente pasos adelante, o pueden surgir reformas legales, que nos ponen a la cabeza de la evolución: el matrimonio gay es uno de estos. Y ante todo, cómo se manifiesta el público y la prensa. Se habla y se escribe con impavidez de muy escabrosos asuntos, que revelan la oculta o disimulada homosexualidad de algunos grandes de nuestra historia literaria y artística. –«¿De modo que ése también?». Ahora le ha tocado a Goya, por obra de una mujer listísima y encantadora, que es Natacha Seseña. Como yo me interné cuanto pude en la vida de Goya y su correspondencia con Zapater, lo daba por sabido y me conmovía aquella relación, pero no se me ocurría estudiar la pintura de Goya, teniendo en cuenta para nada las posibles consecuencias estéticas de esa inclinación. La pintura de Goya no es nada femenina y la de Miguel Ángel menos aún. La de este último es «machorra» o «machista». Pero en un clima de libertad, en este terreno, no es del todo malo que se ventilen esas cosas, para «concienciar» a la multitud. Algo tendrá de positivo, pero me exaspera un poco esa morbosa inclinación a descubrir homosexualidad en todo el mundo y, especialmente, en los más verecundos representantes de la cultura artística. ¡Si en el medio intelectual ya se sabía, y no importaba nada! ¿Hasta dónde irá a parar ese censo? ¿En Adán? Que la vida de Maupassant –al que tanto admiro como modelo literario– la iniciara un episodio homoerótico y un tanto trágico, no era un dato que molestase lo más mínimo a nuestra comprensión íntima de Maupassant, lo completaba en cierta medida. Y lo mismo con Tolstoi, al que le gustaban jóvenes «mujiks» de su hacienda. Y a tantos y tantos más, a perder de vista. Trabajando sobre Cervantes, descubrí el problema de conciencia que le planteaba las relaciones homoeróticas en el Islam, entre jóvenes e, igualmente, entre jóvenes y adultos. ¡Un hombre que conocía de sobra a Virgilio y toda la poesía pastoril, sin ignorar todos sus rasgos específicos! También me pareció natural y complementario. Así debiera entenderlo una población menos informada. Pero, con «picarona morbosidad», se ha levantado una «caza de hadas», a ver quién comía o dejaba de comer «el fruto prohibido». El fruto prohibido, que ahora es legal y el «negro pecado», para la Iglesia, se ha vuelto civilmente decente. Pues tomémoslo con naturalidad, que no pasa nada. Ya pasó.

Esa población poco informada pudiera tener la impresión de que, si no se es homosexual, no se es un artista importante, o que para llegar a artista importante, ya es una garantía ser homosexual. Son muchísimos los genios artísticos que admiro, que me descubren mundos inefables, sobre los que no cae la menor sospecha de esta «variante» sexual. Goethe, por ejemplo. Y los hay «tan machos divinos» – y tan modernos– como Valle Inclán, que llegó a lamentar elegantemente que no le gustaran los efebos. Y es de suponer que a otros genios de la banda homosexual lamenten que no les guste una señora estupenda. Lo queremos todo, respecto al sexo, y la imaginación sexual lo confunde todo en una «pansexualidad». Los bisexuales son más corrientes de lo que se cree y hay una mayoría que sacrifica por interés la opción alternativa. Y pueden ser, o muy comprensivos o muy intolerantes, depende del ambiente en que se muevan.

Yo siempre he opinado que «había que ser machos, pero no tanto». La cultura machista es «menos culta», es menos universal y humanística; es una aberración. Pero la heterosexualidad es, por ley natural, mayoritaria. Y es un insulto inadmisibile que se sospeche en el heterosexual «una

limitación sensorial», una limitación en el conocimiento del sexo. ¡Lo que hay que ver! Lo contrario es también una limitación. Todo tiene sus límites en este mundo.

Pero la libertad de expresión nos descubre que la imaginación erótica reincide en aspectos muy tópicos. Al reducirse algunos tabúes, impuestos por la sociedad y la Iglesia, ahora sólo interesa conocer –como en un corrillo de vecinos– quién es la mujer, el hombre y «el otro». Y cuál de los tres vale más. No sé si eso puede conducir a una desmoralización o a una nueva conciencia de la sexualidad. Está por ver. Ojalá que esa «nueva conciencia» sepa degustar –volviendo al Goya de Natacha– lo gran «modisto» que fue Goya, y que es preciso tener una sensibilidad femenina para enfatizar tanto a la mujer, atribuirle tantas posibilidades de seducción. Goya se iguala a Proust, tratando a la duquesa de Guemantes como un icono de feminidad elegante. Es extraordinario pensar que aquella cabeza masculina, con el gesto de un ogro amargado, tuviera la sensibilidad y la inteligencia de la más sensible e inteligente dama inglesa de su tiempo. Los modistos son muchas veces prodigios de instinto para descubrir elegancia, allá donde sea. A Goya no le eran desconocidos la pintura y el dandismo inglés, porque trataba con muchos aristócratas. Nada se le escapa. Y se prepara: –«¡Pues las españolas mejor!» Y las viste como ninfas exóticas, con toques orientales, a veces de forma tan espectacular y mórbida, como su retrato de «La Tirana» ¡Ya hubiera querido Paco Rabanne! ¿Pero vamos a decir, por eso, que los homosexuales gozan más de la pintura de Goya que los que no lo son, porque éstos «no entienden»? ¡Hombre, ya esta bien! Ahora vuelvo la oración por pasiva: «Hay que ser homosexuales, pero “no tanto”».